1 18-III

¡Qué hermosas tus palabras, Manuel, y qué hondón de alma alcanzan! Te oí por ellas. Comprendí un poco y quiero no un poco más, muchísimo. No te estrañe el que te diga que te comprendo solo un poco. Yo creo que a los hombres como tú las mujeres jamas los comprendemos. ¡Qué hermosas tus palabras! ¡Qué paz hay dentro! De tu carta para mí, más feliz, esta que hoy me llega me da un estado de encantamiento. Mira que he venido aquí, al patio del fondo, con tu carta a paladearla mejor. ¡Cómo

te quiero a través de esta carta fiel! A ti, que te interesarán estas esqueletas líneas que, ya en tantas ocasiones, pero en vano, i me dejas hablar; i te quiero mucho! — Si ya no te acordás más de lo que me escribiste dije, i sigo contigo, sus días: "Cuiciero es aquel árbol se=reno que nada pide, talvez porque lo tiene todo". Yo no sé si tú has pensado lo que ya decirte el escribiseo. Si debie=ras tener una serenidad, porque tú lo pizeo todo. ~~Nada~~ Zozobra en ti, la inquietud, fueran tope pas. Yo tan cuiteuga como aquella, esta o la otra mujer que proseinte, e mas; porque talvez aquellas

de las que ya te apartaste mirar a otros jardines, porque son solaciones por tu abandono (Kate, de las que no tuvieron lazos ofra os contigo). Yo en tanto he echado el ancla de mi destino en tu mar; y, pesada ella, no voy a tener fuerzas para levantarla y llevarla a tu presencia enorme y omnipotente. Pues, tú lo tienes todo. No te hablo en este momento con la carne afiebrada. Hace en mí una hecatombe pero me siento en ti y por ti posesionado de mayores y perfectos modos del que todo fuerzas para dominar en un ser. Puede esperarse de la gallardía carnal que pase; es peligroso de unos momentos, pero

este in mio por todas partes
sintiéndome tuya es mas peligro
que el ardor de un beso. Quiero de-
mostrar este tuyo; no me humilla,
no me pone de pié mis fuerzas
rebeldes. Te dejo hacer, tuyo el
aguila i el encanto de mi desvi-
ramiento, — Este mediodia se te
asemeja mucho. Es fuerte
i ardiente; de un ardor que no a-
filera en la piel. El amor del
sol lo sienten los árboles como
una cosa sin esceso, dorada i
encantadora. Hai unas hojas tiras
~~de algodon que hacen parecer~~
tus párpados. I las besas como
a la herida del arbol. Cuando
tú tienes fiebre debes tenerlos
párpados así. Son unas hojas
con reversos claros i felpudos,

que ~~se vaya~~ beber bien el sol
i lo retienen entre su pelusilla
blanquisca. — En este momento
me traen leche. Deseo que estés
a mi lado i que la bebas toda
o casi toda. Yo, Lana, necesita
rá tomar mui poco. Eso poco
debería yo hacer algo parecido
a hacerte... — El martes
no te fué carta mia por esta
causa: i fui al Laboratorio
(allá debe haber los troncos)
a escribirte cuatro cuartillas
más. Me salió un compa
ñero empalagoso que hasta
se volvió conmigo. Lo largo de
cartas; después le contaré. —
Pero mañana me llegará
la encomienda de libros i mi
carta; talvez esta también,

— No necesito decirle que estaría una contenta de tener una telita suya. Pide que usted, pinta como escribe. Pero no se dé a pintar con mucho ardor, el movimiento tan significante del pincel, daría la espalda. — Guarde para un dia con usted. Ha a esperarlo a una estación i usted, nunca llegaba. — Sin darme cuenta, se he pasado del tú al usted. — Tengo ganas de darle una fiesta; siento la libertad que tiene a mano.

Tengo hojitas tibias de sol, ¿luego, en la pieza mas de la latitud. Tu

18 de Mayo